



**Consejo General
de Hermandades y Cofradías
de la Ciudad de Sevilla**

Pregón

Semana Santa 1980

Miguel Muruve Pérez

**Pregón de la Semana Santa
Sevilla
23 de marzo de 1980
Miguel Muruve Pérez**



*Eminentísimo y Reverendísimo Señor
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades
Señor Presidente y miembros del Consejo General de Hermandades y
Cofradías de Sevilla.
Señoras y señores:*

INTRODUCCION

Dos cosas debe el pregonero tener presentes antes de iniciar su andadura.

La una, su insignificancia, y acudir con ella, en esta hora sublime y a la vez difícil, en que la marcha "Amargura" ha puesto fin con su hermosura rotundidad, a los preliminares del Pregón, a ese rincón oscuro y estrecho del Sagrario, en donde mora el Dios Vivo, el Amor de los Amores y suplicarle, hecho su corazón humilde vela de promesa, fuerzas para llevar esta Cruz, luz para no errar, generosidad para entregarse por entero en su quehacer.

¡Mira, Señor, la pequeñez de tu siervo y suple con Tu Bondad, todas sus torpezas!

La otra, sus pocos años para cumplir esta misión.

Porque el pregonero se presenta ante vosotros, cofrades sevillanos. con el temor y la timidez que engendran, el pobre bagaje de juventud e inexperiencia que trae entre sus manos.

Le abruma el peso de la responsabilidad contraída porque sabe de la grandeza de este acto.

Y alza su voz ante vosotros, a sabiendas de que, cuando se pone en manos de la juventud una tradición -y tradición sevillanísima es el acto del Pregón- es inevitable que se produzca en las mentes de todos, cuando menos, una lógica inter rogante.



Pero también sabe el pregonero que la juventud insufla en las almas un soplo de Esperanza y hace brotar de la fina sensibilidad del cofrade, la más amplia comprensión y la generosidad más plena.

·Por eso. cuando desgrana su voz en los aires sutiles, llenos de recuerdos del ayer e ilusiones del futuro, de esta mañana de Marzo, para cantar con su palabra las esencias de los grandes días que están por llegar, se ve reconfortado por esa comprensión y esa benevolencia que, como rico efluvio, manan de vuestro finísimo señorío.

Y consciente de que se encuentra ante una magna asamblea de maestros, ante la médula de una Sevilla centenariamente cofrade, celosa de sus tradiciones, fiel guardadora de sus creencias más entrañables, el pregonero, con todo el respeto que, como joven debe a sus mayores, ha de clamaras:

¡Con vuestra venia, cofrades de Sevilla!

AGRADECIMIENTO

Antes de continuar, he de darte gracias a Ti, Señor, porque has querido señalarme, para expandir a los aires de esta Sevilla que te ama, las más finas esencias del espíritu de tus sevillanos hijos y reavivar en ellos la llama de Tu Amor.

Y cumpliendo un dictado del corazón, más que un simple deber de cortesía, tengo que expresar mi más sincero agradecimiento al Excelentísimo Señor Alcalde. que aprobó la propuesta de mi nombramiento para este alto cometido de ser heraldo precursor de la gran conmemoración sevillana de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

Mi gratitud. cómo no, al ilustrísimo Señor Teniente de Alcalde, Delegado de Cultura. que, con palabras nacidas del afecto y la consideración, ha exagerado méritos y virtudes al hacer la presentación del pregonero.

Mi agradecimiento igualmente, al Consejo General de Hermandades y Cofradías de Sevilla que, en un gesto de amistad, generosidad, confianza y, en este caso, hasta de valentía, hizo recaer su elección sobre mí; gratitud que quiero transmitir de forma especial al Señor Presidente del mismo por el estímulo y la



ayuda que de él he recibido.

Mi gratitud a todos vosotros, cofrades sevillanos; a los que os habéis congregado aquí, una vez más haciendo posible con vuestra presencia el rito del Pregón y a los que se disponen a unirse en comunión de ideas y sentires con el pregonero, desde sus hogares.

Mi agradecimiento, siempre insuficiente, para aquéllos que ofrecieron por el Pregón y por el pregonero, lo mejor y más encendido de sus oraciones.

Y por último, el pregonero ha de agradecer, muy vivamente al Señor Alcalde, en nombre de toda la Sevilla cofrade, de la que ahora se siente portavoz, su presencia en este acto; porque con ella viene a demostrar que, aunque hombres nuevos con ideas distintas, ocupen los puestos de responsabilidad en el regir los destinos de la Ciudad, sabe respetar. los sentimientos, las creencias y las tradiciones de esta Sevilla, que, si amada es de todos, aún lo habrá de ser más por quienes, como vos, han recibido la pesada, pero honrosísima carga de cuidarla, perfeccionarla y legarla al futuro, más Noble, más Leal, más Invicta y Heroica, y también más Mariana Ciudad de Sevilla.

EL VERDADERO PREGON DE SEVILLA

La Semana Santa de Sevilla con ser patrimonio de todos los que la viven intensamente, lo es al mismo tiempo, de cada uno en particular.

De tal manera es así, que cada cofrade, cada sevillano, la siente y la vive a su modo íntimo, personal e intransferible.

Y así, sería imposible hallar el canto medido y exacto que concordase con el sentir de todos y de cada uno.

Pero es que, a este obstáculo, insalvable para el pregonero, se une una realidad no menos insuperable y es que, el Pregón verdadero, el auténtico canto que de Sevilla y de sus Cofradías puede hacerse, no lo realiza quien hoy os habla.

Yo, pobre pregonero hablador, haré tan sólo un esbozo de Pregón; mis palabras sólo serán un tímido reflejo de ese otro y verdadero canto que día a día,



línea a línea, hacéis vosotros, cofrades de Sevilla, con vuestra Fe constante. con vuestra Esperanza sin desmayo, con vuestro Amor profundo.

Sí, el verdadero Pregón es el que hace ese cofrade abnegado que, durante todos los días del año, trabajará infatigable y a veces hasta incomprendido, en el seno de la Hermandad.

Pregón auténtico el que compone ese hombre al que las necesidades, el deber, o los reveses del destino, pusieron muy lejos de Sevilla y que no tendrá otra satisfacción que la de sentirse, a pesar de la distancia. unido en fraternal comunión de espíritu con los que aquí estamos.

O el del enfermo, pronunciado con la voz del dolor y la resignación, mientras sus ojos quedan fijos en el manto de la Virgen que se aleja.

O el de aquel hombre, verdadero patriarca de las Cofradías que. en cualquier esquina de nuestra Ciudad. sentirá brotar dentro de su cuerpo encorvado ya por el peso de los años, la fuerza de la juventud que tantas veces ofreciera escondido tras la túnica nazarena, al Cristo de su veneración.

Verdadero Pregón, el de tantos y tantos cofrades anónimos y humildes que nunca aspiraron, ni al oropel del cargo ni al puesto de privilegio.

Pregón, canto sublime y callado, lleno de dulzura y delicadeza el de la mujer, madre, esposa. hermana o novia del cofrade. que saben de la grandiosidad e importancia de su misión, paciente y escondida.

O ese otro que cada viernes del año desgranar cientos de sevillanos a los pies del Señor del Gran Poder. poniendo con Fe grande en sus manos, todos sus pequeños o inmensos problemas.

Esos son los verdaderos pregoneros, los grandes cantores que, con sus palabras de Fe y sacrificios, de abnegación y anonimato. componen año tras año, siglo tras siglo, el gran Pregón de Sevilla.

Un Pregón que los oídos humanos no oyen porque no va dirigido a ellos, pero que oye el Padre que vela en lo Alto.

Unos pregoneros que no disponen como yo -¿De dónde a mí, tanta dignidad?-, de un auditorio gentil, amable y generoso, presto a recoger con benevolencia mi pobre palabra; que no tendrán nunca ovaciones, ni aplausos, ni parabienes, pero que tendrán, sin duda alguna, el día en que el Señor lo llame. el



premio único y verdadero de unas puertas del Cielo abiertas de par en par y un sitio de honor en el Hogar de los Justos, porque está escrito:

"Los últimos serán los primeros "
Y esto es palabra de Dios.

Ese es el gran Pregón de una Sevilla de Fe, que nada ni nadie podrá silenciar jamás, porque hay en ella una firmísima voluntad, mantenida y heredada desde muchos siglos atrás. en bendecir al que viene en nombre del Señor, en rendir culto a Dios de las alturas y desear paz entre los hombres de buena voluntad.

Y estad seguros de que si alguien, queriendo desconocer algún día las creencias, los sentimientos religiosos y las tradiciones del pueblo de Sevilla, intentase acallar la voz poderosa y multitudinaria de ese Gran Pregonero, se cumplirían las palabras del Maestro:

"En verdad os digo que si éstos callasen. gritarían hasta las piedras".

SEVILLA NO HA MUERTO

Ese gran Pregón del alma de este pueblo singular, en cuyo seno tuvimos la dicha de ser dados a la vida, se escribe con amor y se pronuncia a impulsos de renovados fervores en una Ciudad especialísima, ¡Sevilla!

¡Nuestra Sevilla!

Este cahíz de tierra que tiene un algo que cautiva el alma, que embriaga los sentidos y que sume al ánimo en un profundo sentimiento que está muy lejos de ser puramente físico o terrenal.

Así fue ayer y así es hoy, os los aseguro.

Porque en nuestros días, Sevilla ha cambiado tanto que, a veces nos hace exclamar con tristeza a los que la amamos con todo nuestro ser, que ha muerto. que se ha deshecho a sí misma y se nos ha ido de las manos casi sin darnos



cuenta.

Pero yo hoy quiero deciros, quiero y puedo afirmaros con alegría que, cuando así pensamos, estamos por fortuna en un grave error.

Y lo puedo asegurar, porque será desgraciadamente cierto, que ya no se pueda hablar ampliamente, como ayer, de nuestra Ciudad, sin salirnos de los estrictos límites de la más pura poesía, porque ya Sevilla no es enteramente, como lo fue, un poema construido con versos de sol y de brisas, de luz y de color, de calles luminosas y sombras profundas. de susurros de fuentes cantarinas, de aromas de ensueño y de paz.

Se ha emborronado mucho, con mano torpe y voluntad desidiosa, ese poema único. escrito sobre el renglón ondulante del Río, en rimas de sensibilidad y de gracia.

Ya es difícil encontrar esa Sevilla que venía a ser como claustro inmenso, alegre y radiante, paraíso deleitoso del espíritu.

Es cierto que se ha ofendido y se ofende la hermosura, la proporción y armonía de Sevilla, destruyendo sus monumentos cargados de historia, de cultura y de arte, o maltratando con espíritu cruel y materialista una fisonomía, dotada de una gracia inigualable, trocándola en perfiles aborrecibles, hijos de la dejadez y el mal gusto.

Es cierto, muy cierto, que este rincón de luz y belleza. ha tenido que ceder por imperativo de los tiempos, ante el peso implacable y arrollador de la técnica y del progreso humano, y ha tenido y tiene que pagar en moneda de sosiego, de paz y de riqueza monumental, un gravoso tributo.

Es verdad que sus fuentes silenciaron para siempre la fresca caricia de los surtidores y que muchos de sus patios, compendio y expresión de un modo de vivir, fueron cegados por quienes, pudiendo, no quisieron salvarlos, o debiendo saber, no demostraron más que su incompetencia o su falta de sensibilidad.

Pero aun así, cabe preguntarse si Sevilla ha dejado por todo esto de ser Sevilla.

Cabe preguntarse si la esencia verdadera y profunda de este trozo bendito de tierra, ya no existe.

Y ante esa pregunta que quiere ahogarnos el alma, vuestra voz y la mía,



han de brotar como caudal de fuerza incontenible y clamar, bajo los cielos que aún no hemos perdido, con la dicha de una Esperanza que no puede morir, con la íntima alegría de la verdad...

¡No! ¡Sevilla no ha muerto!

LA ESENCIA DE SEVILLA

Mientras Sevilla reciba en cada amanecida el beso divino de su luz única. Mientras al alba misma, sus aires nos traigan los ecos rientes, jubilosos, glorificadores del tañer de una antigua campana.

Mientras sobre Sevilla caiga a diario el rocío vivificador de los maitines entonados por aquellos que consagraron sus vidas al Señor y los sevillanos despierten a la búsqueda del pan de cada día, guardando en sus corazones el legítimo orgullo de ser hijos de esta tierra.

Mientras la Giralda mantenga enhiesta toda la gracia y majestad de su esbeltez, pregonando a todos los vientos, con los sones inconfundibles de sus campanas centenarias, la Fe sólida y fuerte de un pueblo.

Mientras se mantenga vivo el privilegio y la tradición de unos "Seises", riendo ante la Majestad Suprema de Cristo Eucaristía, toda la majeza indescriptible de sus almas inocentes.

Mientras el pueblo, uniéndose en cadenas sin ruptura con las generaciones del ayer, clamen con júbilo la Pureza Inmaculada de María.

Mientras vosotros, cofrades, os acerquéis cada año al Altar, llevando de la mano a vuestros hijos, para con ellos hacer pública protesta del Credo que profesáis.

Mientras la Ciudad reciba en la tarde radiante del Domingo de Ramos la caricia maternal, todo blancor de azucena, de la Virgen de la Paz.

Mientras los sevillanos se den cita anual para seguir con profunda unción el andar, casi vuelo, de Jesús de la Pasión y con una oración que asome a sus ojos, se afane en encantar ese surco de Verdad y de Vida que la figura del Bendito



Nazareno de la O va dejando tras de sí a una y otra orillas del Río.

Mientras Cristo se alce cada Miércoles Santo sobre el Calvario del puente, abiertos de par en par sus brazos, difundiendo desde la altura Salud para las almas, cuando trae hasta el corazón mismo de la Ciudad toda la devoción y todo el amor del viejo Barrio de San Bernardo.

Mientras desde un extremo a otro. Sevilla haga por unos días abstracción de todo, para entregarse con renovado anhelo a contemplar los misterios pasionales de Cristo y nuestros barrios se agrupen espontáneamente en derredor de las Cofradías que les dan vida y calor y, en muchos casos, hasta trabajo y sustento.

Mientras en fin, las generaciones de sevillanos sigan sabiéndose pueblo redimido por la Bondad y la Misericordia infinitas de Cristo, como lo comprendieron hacen muchos siglos aquellos hombres que para vivir más intensamente el Misterio de la Salvación, vistieron por vez primera sus cuerpos con la túnica nazarena, aceptando con alegría la penitencia, como Jesús aceptó con desborda- do Amor, su Pasión y su Muerte...

Nosotros, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, podremos, con el íntimo y legítimo orgullo de ser cofrades sevillanos, decir al mundo entero, a los que no nos comprenden, a los que quisieran sembrar entre nosotros la desesperanza, a los que desearían hacer morir a Sevilla a su verdadera vida, que es vida del espíritu, a los que quisieran hundirla en el barro del materialismo y la deshumanización, que...

¡Sevilla no ha muerto!

¡Sevilla vive, y vive en el Cristo que, con su Buena Muerte, nos trajo para siempre la Vida Eterna!

ACTUALIDAD, VIGENCIA Y NECESIDAD DE LA SEMANA SANTA EN SEVILLA

Sevilla vive, y en ella late con pulso fuerte la Verdad de Cristo.

Amparado en esta gozosa realidad, el pregonero quisiera gustar todo el dulce sabor de este momento de su vida y continuar su andadura por los



caminos de la complacencia y la delectación propia y ajena.

Quisiera y le gustaría, adormecerse en un canto ferviente y encendido, embriagarse con metáforas de ensueños profundos.

Quisiera ciertamente. complacer su amor por lo bello y llevaros, hasta las puertas mismas de vuestras almas, sembrando el duende y el misterio en los ecos de sus palabras, las extasiantes hermosuras del tesoro de arte y de religiosidad que encierran y brindan nuestras Cofradías.

Pero consciente de que no le cupo en suerte, de que no entró en el escueto bagaje de sus talentos el don precioso de ser poeta.

LAS COFRADIAS EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO

Y consciente además y sobre todo. de que Dios. le colocó, bien que sin méritos, en este lugar. para que fuese sembrador, luz y fermento de esta parte de la Iglesia de Cristo que es la heredad de las Cofradías, ha de considerar, con la responsabilidad que la ocasión carga sobre sus débiles hombros que, la Semana Santa de Sevilla y las Hermandades que la hacen posible, no son algo abstracto e intemporal, sino que, viniendo desde un ayer muy remoto y mirando esperanzadas a un futuro que sólo Dios conoce con certeza, se encuentran ligadas a los condicionantes del tiempo y del espacio.

Y ese tiempo -hoy- y ese lugar, a un tiempo viejo y nuevo que es Sevilla, plantean muchas cuestiones y llaman a las conciencias de los cofrades, con preguntas nuevas que exigen respuestas no siempre fáciles.

UNA PREGUNTA QUE HAY QUE CONTESTAR

Y sobre todas, hay una cuestión que quizá nadie plantee expresamente, pero que la cotidiana realidad que nos envuelve y nos absorbe, expone tácitamente en el oculto rincón de nuestro interior.



Es una interrogante dura, incisiva; que acaso ofenda el amor y el celo de quienes tienen puesta su vida entera al servicio de la Iglesia, a través de las Hermandades; que puede herir incluso, a quienes un día eligieron para vivir y aumentar su Fe y perfeccionar su cristianismo, el camino, no siempre bien comprendido de la Cofradía.

Una interrogante que pone en las almas un punto de zozobra y que por ello exige contestación y contestación fundamentada.

Pongámonos la mano en el corazón y sin miedo, sin prejuicio, sin concesiones a vanos sentimentalismos, sin sentirnos atado por la costumbre, ni seducidos por la estética de nuestros desfiles procesionales, preguntémonos:

¿Es que en la Sevilla de hoy resultan vigentes las Cofradías?

¿Tienen eficacia y fuerza de actualidad, en un mundo de prisas, el lento andar de las largas filas de nazarenos y la expresión de nuestras imágenes sagradas?

RESPUESTAS QUE NO SIRVEN

Y aquí no valen, no caben, respuestas fáciles y simplistas. Está en juego la vigencia, la actualidad práctica, con pragmatismo de salvación eterna, de las Cofradías.

No valen, no cuadran aquí respuestas que, lejos de calmar nuestra inquietud, nos inquieten aún más.

LA SEMANA SANTA ¿SOLO FIESTA POPULAR?

Porque se ha dicho y se dice y se seguirá diciendo, que la Semana Santa sevillana deberá mantenerse, porque constituye una fiesta que es patrimonio popular.



Pero lejos de satisfacernos esta respuesta que nada asegura, hemos de considerarla, no sólo insuficiente. sino inapropiada; pues de lo contrario estaríamos otorgando a nuestra Conmemoración Pasional. el mismo carácter de cualquier festejo de signo profano y en nuestra Semana Mayor concurren, aunque a algunos les pese y aunque las apariencias sean en ocasiones, tristemente contrarias, todo un cúmulo de valores cuya trascendencia. la colocan en lugar muy parte y por encima de cualquier otra celebración.

Y si esto no es cierto, que nos digan en qué fiesta de carácter simplemente popular, puede ocurrir lo que acaeció hace muchos años y que ahora relato como simple botón de muestra.

Una Madrugada de Viernes Santo. la Cofradía avanzaba silenciosa por la estrechez de Placentines; una multitud se agolpaba de tal manera que, el Paso del Señor apenas si podía caminar; de pronto, de entre la masa humana que permanecía absorta, surgió en el centro de la calle una mujer arrodillada, llevando en sus brazos a un niño de aspecto enfermizo.

El capataz hubo de detener el Paso apresuradamente, para no arrollar a aquella mujer que suplicaba estremecedoramente, salud para su hijo.

Años más tarde, el Bendito Nazareno volvía a pasar por el mismo lugar y justamente en idéntico sitio, se encontraba esta misma mujer acompañada de aquel niño, ya sano, a quien ella le decía:

Mira, hijo mío; Este es el Señor al que debemos tu salud y tu vida.

Cuando en cualquier festejo, ocurra algo parecido, que vengan a decir que la Semana Santa es sólo fiesta popular; mientras, no.

EN BUSCA DEL VERDADERO SENTIDO DE LA SEMANA SANTA

Creo que, ante esa pregunta que el mundo, la sociedad y las circunstancias plantean, hemos de contestarnos. no sólo que las Cofradías con su genuina forma de hacer, siguen teniendo vigor y efectividad, como celebración eminentemente religiosa, sino que la tienen en mayor grado que nunca.



Más aún, hemos de consolidarnos en la firme convicción de que si ayer fueron adecuadas y convenientes, hoy son de todo punto necesarias; que hoy se abre ante ellas un amplísimo horizonte que les traen una inmensa labor por desarrollar, con más constancia y tenacidad que nunca, y que por ello mismo les brinda una enorme esperanza de continuidad.

Sevilla y los sevillanos necesitan de las Cofradías.

Esto podrá parecer a alguien sorprendentemente paradójico, pero es verdad, es total y absolutamente cierto.

EL COFRADE, SIGNO DE CONTRADICCION

Mirad que, como cristianos que somos, hemos sido llamados a ser discípulos seguidores y proclamadores de Cristo.

Y si Cristo vino a ser "signo de contradicción", también los cofrades, por la responsabilidad irrenunciable que hemos contraído al confirmarnos en la Fe, hemos de ser signos de contradicción.

Y si el hombre, la sociedad, camina hoy cada vez más aprisa a favor de una corriente que el mundo impone, precipitándolo hacia lo fácil, doblegándose al empuje de las pasiones, buscando frenéticamente comodidad, bienestar y riqueza, afanándose por encontrar en el reducido marco de las limitaciones humanas una seguridad de vida inalcanzable. olvidándose de Dios y de su Voluntad, revelándose orgulloso contra el dolor, contra la enfermedad. contra la pobreza e incluso contra la ley inexorable de la muerte; cuanto más fuerte y caudalosa sea esa corriente. más firme, más constante, más valiente y decidida deberá ser nuestra presencia.

Cuanta más negación haya de Dios, más seria obligación tendremos de manifestar a Dios en las calles.

Si antaño. al exponer públicamente nuestra Fe, conmemorando al modo sevillano la Pasión. Muerte y Resurrección de Cristo. las Cofradías subrayaban con su presencia en las calles de la Ciudad, una corriente que les era favorable, aunque nunca le hayan faltado detractores; hoy tienen necesariamente que



manifestar en esta Ciudad nuestra que, al menos una vez al año, se convierte por obra y gracia de las Hermandades en una nueva Jerusalén, al Cristo que en cada instante se niega, no tres veces como hiciera Pedro, sino cientos y miles de veces.

Cuanto más proceloso sea el mar que deba surcar la nave de la Iglesia de Sevilla, con más afán deberemos sujetar los remos, más alto deberemos llevar el pabellón de la Fe, más fuerte deberá ser el grito sempiterno, no de rebeldía. sino de Amor y de Esperanza del cristiano:

"¡Cristo ayer, Cristo hoy, Cristo siempre!"

LA GRAN MISION DEL CRISTIANO

Y es que la gran misión del hombre y por tanto la gran misión del cristiano, es dar a conocer la insondable riqueza de Cristo, "y si tal misión -y esto son palabras recientísimas del Papa- parece encontrar en nuestra época oposiciones más grandes que en cualquier otro tiempo, tal circunstancia demuestra también, que es en nuestra época aún más necesaria y -a pesar de las oposiciones- más esperada que nunca".

Si hay pues, materialismo y falta de conciencia de hijos de Dios en los hombres, los cofrades deberemos manifestar ante esos hombres, con el lenguaje de nuestra imaginaria, el Amor de Cristo que por todos nosotros vino a padecer Muerte y Muerte de Cruz.

Esa es la lucha contra corriente del cristiano y por tanto la nuestra.

Por eso. no sólo son vigentes y actuales las Cofradías; son necesarias más que lo fueron jamás.

Y ahí está uno de los compromisos que las Hermandades asumen con satisfacción.

Las Cofradías han de ser conscientes de que, como parcela principalísima de la Iglesia de Sevilla. a ellas les compete en gran parte, anunciar en la forma que les es propia, el Evangelio de Cristo.

De aquí que no guarden, en gesto que sería egoísta, esa Verdad para ellas



solas, sino que cada año, a costa, bien sabe el Señor de cuántos sacrificios y desvelos, se abran las puertas de los templos para llevar a los ojos y a los corazones de todos, la Palabra de Dios, en un lenguaje de fácil aprehensión. al alcance de todos; que ésta es característica esencial de nuestras Instituciones, que nunca predicaron para elites, ni reservaron su acción para iniciados y doctos, sino que manifestaron y se dieron, como el sol, que brilla para ricos y para pobres, como lluvia, que cae para sabios y para ignorantes.

Por eso y para eso saldrá la Cofradía; para impartir su catequesis pasional a propios y extraños.

NECESIDAD DE LA SEMANA SANTA PARA EL COGRADE

La Semana Santa nos traerá, si la vivimos adecuadamente, como una gracia renovada que reavivará nuestros espíritus; será para nuestras almas, un cálido soplo que avive la llama de nuestra religiosidad que se prueba a diario en el duro yunque de la vida cotidiana.

Somos los propios cofrades los primeros en necesitar la gran manifestación pública de la Cofradía.

Necesitamos. desde nuestro interior de sevillanos, ver el Dolor y la Muerte de Cristo, bajo el terso cielo primaveral de Sevilla.

Ver muerto al Cristo del Amor. alumbrada su figura con la luz fantasmagórica del paso en cualquier misteriosa encrucijada, para que se haga la luz en la noche oscura de nuestra alma, para que nuestros sentimientos, a los que nunca debemos renunciar. vibren al ritmo que sólo Sevilla sabe darles.

SER COMO NIÑOS

Hay, cofrades sevillanos, bien lo sabéis, quienes por esto nos critican,



afirmando que tenemos una Fe rudimentaria.

Son elementos, sectores que nunca nos comprendieron y más aún, quizá ni lo intentaron; sólo se limitaron desde sus "alturas", a calificar nuestra religiosidad de "primitiva. elemental y pueril".

Bien sabéis que las Hermandades tratan continuamente de cultivar la Fe de sus miembros; pero aún si en verdad nuestra Fe y nuestra religiosidad merecieran el calificativo de "elementales", hemos de recordar que fue el mismo Cristo el que bendijo al Padre por haberse dado a conocer a gentes pequeñas y sencillas.

Si en verdad nuestra Fe y nuestra religiosidad son "pueriles", deberemos felicitarnos y alegrarnos, porque también fue el mismo Cristo el que dijo:

"Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos".

EL "ARMAO" MACARENO

Como niños, sí; porque santa locura de niños hay que padecer, para hacerse penitente de pies desnudos. para uncirse a las trabajaderas, o para ser escolta del Jesús Sentenciado, vistiendo el rojo atuendo que habla de amor, la recia coraza que indica fortaleza, las blancas plumas de la peculiar Centuria, que no reconoce a más César que a Cristo.

¡Ay, mílite hispalense! Tu uniforme singular, tu andar acompasado entre redobles de tambor y acordes de cornetas, provoca incomprendiones y hasta chanzas crueles de muchos, pero tú eres fuerte y todo lo sufres con alegría, por Cristo Jesús.

El pregonero quiere hoy aprovechar esta ocasión que por primera vez se ofrece a alguien que formó en tus filas, decir bien alto, para que todos lo oigan y te respeten, con la autoridad que le da el haber sido compañero de tu andar, que tú eres también verdadero penitente de Sevilla; que pocas veces se sintió tan satisfecho de su estación como cuando la hizo en tu compañía y que por esto, comparte contigo el legítimo orgullo de haber sido "Armao" macareno.



LABOR EVANGELIZADORA DE LA COFRADIA

Mas no se agota aquí el caudal riquísimo de eficacia espiritual de la Cofradía.

La gran labor de ésta es hacer ver y comprender a todos que, en Cristo y sólo en El, está el remedio de todo mal, o como dijera recientemente el Sumo Pontífice "ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención".

Que el "compromiso de anunciar el Evangelio a los hombres de nuestro tiempo. animados por la Esperanza, pero también agitados frecuentemente por el miedo y la angustia; es sin duda un servicio que se presta no sólo a la comunidad cristiana, sino a toda la humanidad", no sólo a los que participamos en el quehacer cofrade sino a los que son ajenos a él.

Esos hombres atribulados, víctimas de la frustración y el desengaño, podrán encontrar como nosotros, su consuelo, su alivio, en esa gran catequesis multitudinaria que cada año imparten las Hermandades.

Seguramente sean ellas, en ese día grande en que con santa ilusión salen a las calles. las únicas que lleven algo de Cristo a esas almas.

Y en nuestros pasos, en la rica expresión de nuestra imaginaria, encontrarán respuesta a su dolor, porque en ella estamos representados todos nosotros por la Misericordia de Cristo que, al adoptar la naturaleza humana, quiso beber el cáliz profundo de todas las miserias.

El que sufrió la traición del amigo, la deslealtad del discípulo. sentirá en su alma que Jesús se hizo compañero de su dolor cuando Judas le besa para entregarlo en el nuevo Getsemaní de la Plaza de San Leandro.

Al que se sintió perseguido y acosado, la Hermandad del Prendimiento vendrá a decirle que el más Manso de los hombres, también fue acosado, perseguido y hecho preso como criminal.

Quien padezca en su corazón el dolor lacerante del abandono de los suyos,



tendrá su consuelo en el Cristo Cautivo, Abandonado de sus discípulos que, en la tarde del Lunes Santo nos traerá con sus manos atadas, la lección sublime de la resignación. desde ese Barrio que, encendido en fervores, jamás le abandonará.

O comprenderá que sólo en la oración se adquiere la fuerza necesaria para cumplir la Voluntad del Padre, cuando la Hermandad de Montesión le presente, con fondo de olivo y ángel confortador, a Jesús, con su rostro bañado en la sangre de la angustia, bajo el declinar de la tarde del Jueves.

El que es víctima del desprecio de los hombres, tendrá en San Juan de la Palma al Cristo que en su Silencio total se crece y se eleva sobre el propio Desprecio.

Quien sufra la soledad y no tengan a donde acudir con su aflicción o no encuentre el amigo leal del que pueda esperar el buen consejo, la Hermandad de la Sagrada Cena le recordará, con la blanca escolta de sus cofrades. que Cristo se quedó vivo en el rincón pequeño y silente del Sagrario para ser por siempre su amigo constante, su consejero más fiel.

Ese mismo Cristo que nos abraza a todos, cuando extiende sus brazos sangrantes, dilatando su pecho en el extremo agónico del estertor último, apagadas ya sus pupilas sin vida y que por aunar en su pasmosa figura única, toda la grandeza de los cielos y todo el dolor de la tierra, hará exclamar a los sevillanos:

*¡¡No hay muerte como Tu muerte,
Cachorro Bendito de Triana!!*

MOSTRAR EL ROSTRO DE CRISTO

Este es el gran milagro de las Cofradías, esto pretenden hacer cada año en las calles de Sevilla: presentar a todos los hombres que, en la época de las grandes conquistas de la ciencia y de la técnica, son seres que gimen y sufren y están esperando -quizá sin saberlo- la manifestación de los hijos de Dios", el rostro de la Paz y de la Verdad.



Porque en nuestras calles. en nuestras plazas, asomados a los balcones de esta entrañable Ciudad, están también los desesperados, los incrédulos. los desheredados de toda fortuna. los despojados como Cristo de todo bien. los que perdieron el sentido verdadero del dominio humano, porque como afirma el Papa, "antepusieron la técnica a la ética, porque valoraron más las cosas que las personas. porque rindieron culto a la materia y se olvidaron del espíritu".

Y a todos éstos hemos de llevar la Luz, que es Cristo mismo. Esa es nuestra gran responsabilidad.

Y esa Luz, esa Verdad. puede llegarles. como nos llegó a nosotros, con la figura retorcida en su espasmo de muerte del Cristo de la Expiración.

En la Muerte del más Justo. del más Santo, que Sevilla representa en la reciedumbre del Cristo de Burgos, o en el austero perfil del Cristo de las Almas

Esa Muerte. frontera de obligado paso, que se nos hace patente con la impresionante lección de ascética de la Hermandad de los Negritos y que alcanzará su expresión suprema en la quietud total, profunda, del Cristo Yacente de la Hermandad del Santo Entierro.

Esa Muerte Redentora que habrá tenido el doloroso preludio de Siete Palabras, pronunciadas desde el lugar infamante que por paradoja se convertirá en la Cruz Verdadera, en el símbolo de la Salvación.

Vera-Cruz, Cruz Redentora, desde la que Cristo. aspirando el aire de Sevilla llenará para bálsamo de su Dolor, con aromas de naranjos florecidos. bajo la luz del crepúsculo del Martes Santo. derrame, a los pies mismos de la Torre egregia toda su infinita Misericordia.

HAY SED DE CRISTO

Y es que hay Sed, Sed infinita y sin fronteras de Cristo entre nosotros; y esa Sed que Él quiere apagar con las Aguas de su Poder Redentor, sólo se calmará en el manantial que brota de su Costado. el manantial abierto a punta de lanza por un incrédulo, del que manará el agua que nos purifica en el Bautismo y la Sangre que nos vivifica en la Eucaristía.



Sevilla estará llena de hombres y mujeres que fijen sus miradas en los labios de Jesús y esperen impacientes, al filo mismo de sus vidas, como Dimas espera ansioso cada Viernes Santo, en el viejo compás de San Pablo, las palabras más felices que jamás pudo oír hombre alguno:

*"En verdad te digo, que hoy mismo
estarás conmigo en el Paraíso".*

LA FUERZA DEL GRAN PODER

Así será, así ha de ser por siempre en esta tierra singular y privilegiada. cuyos hijos acudirán ansiosos, se agruparán expectantes. sobrecogidas sus almas, entorno a la figura simpar del Nazareno de Sevilla.

Y Tú, Señor. le llevarás hasta sus corazones contritos el ejemplo de tu inmenso abatimiento, de tu doliente humanidad.

Porque Sevilla, se te entrega sin tasa ni medida, precisamente porque en tu Imagen portentosa están encerradas a un tiempo, todas sus penas y sus miserias, todas sus esperanzas y sus afanes.

Esa es tu fuerza de atracción irresistible.

Yo lo he visto muchas veces, Cristo mío, cuando fui indigno pedestal de tus pies llagados.

Allí, bajo tu paso, en unión con mis hermanos, fui contigo Señor, compañero de tu andar valiente y poderoso.

Y, viendo sin ser visto, oí muchas veces, en las madrugadas silenciosas y frías, las súplicas de un pueblo entero que te venera con entrega total, que te necesita para vivir.

Lo vi Señor, en miles de rostros vueltos hacia Ti, abstraídos en tu figura imponente; absortos en el escorzo de tu cuerpo, en tu cuello distendido por el esfuerzo, en tu cabeza apresada en la dura trabazón leñosa de la corona infamante.



Los vi, Señor, esperando de tus labios entreabiertos, que la inmensidad del suplicio no pudieran resecar. las palabras de perdón y de consuelo.

¡Y cómo te acompañaban con el susurro de sus oraciones, con sus ruegos hondos y sentidos!

Lo vi, en aquellos hombres duros y esforzados, maltratados quizá por la vida que, cayeron de hinojos cuando la hora más fría de la noche, refresca con su brisa el fuego de martirio de tu rostro.

Lo vi, en la angostura de Doña Guiomar, cuando aquellos dos niños, fijando en tus velados ojos sus ojos inocentes, se contentaron, como la hemorroisa, en rozar con sus manos los faldones de tu paso.

Y vi, tu Fuerza y tu Poder en el quiebro aguzado de la saeta y en aquel hombre tan anciano, que sacando ímpetus de Ti, caminó al lado tuyo. abriéndose paso incomprensiblemente entre la multitud, mientras repetía con santa obstinación: "¡No me dejes, Gran Poder!"

Y lo vi, Señor; vi gracias a Ti, la Fe de tus gentes, en el viejo Postigo del Aceite, cuando aquel joven costalero tuyo. a los pocos minutos de nacer su primer hijo en la Madrugada Santa, corría presuroso hacia tu paso, bajo el brazo su costal, en la firme convicción de que nada podía hacer mejor, por la incierta trayectoria de aquella vida nueva, que ofrecértela con su esfuerzo bajo tus plantas, ayudándote a cruzar en la gran noche, las calles de Sevilla.

RESURRECCION

Esa es la Sevilla que necesita a Cristo, que ansía a Cristo y que espera cada año que los cofrades lo manifestemos en su Pasión y Muerte Redentora y en el Triunfo absoluto de su Resurrección.

De una Resurrección que nos llegará cuando la Cofradía Trinitaria esté presta a cerrar la Semana Pasional y la Bendita Soledad de San Lorenzo, regrese a su Templo avanzando con su incontenible llanto por la angostura maravillosa de Cardenal Spínola, que recoge de forma indefinible la luz mística de su paso.



Una Resurrección que se adivinará en el Sagrado Descendimiento de Cristo que la Hermandad de la Quinta Angustia nos mostrará. haciéndonos comprender que todo se ha consumado y que tendrá su expresión gloriosa en la mañana del gran Domingo Triunfal.

LA ACTITUD DEL NAZARENO

Pero el cofrade ha de saber que, el Misterio Pasional que representa el paso de su Cofradía, no se agota en sí mismo, sino que se complementa con la actitud de aquellos que en su afán penitencial, visten libremente la túnica de nazareno o se ajustan un costal, para acompañar a Cristo en su Sufrimiento y a María en su Dolor.

Al formar en nuestras filas nazarenas, al igualarnos bajo el dulce yugo de las trabajaderas, nos estamos convirtiendo en proclamadores de la escena evangélica que muestre nuestra Cofradía, en mensajeros de la palabra de Jesús. en partidarios de su Verdad.

Tenemos que saber que de nosotros va a depender en gran medida, que los Misterios de la Pasión calen en lo hondo de cada hombre, de cada mujer y de cada niño.

Tenemos que saber que, si nuestra actitud no es total y absolutamente concorde con lo que decimos predicar, estaremos dando un grave antitestimonio.

Tenemos que saber, que si no observamos estrictamente la disciplina que voluntariamente hemos abrazado, estaremos escandalizando y por ese escándalo habremos de responder algún día.

No sería igual, no entraría del mismo modo en los corazones, el mensaje que la Cofradía del Buen Fin, proclama. si sus miembros no hicieran, como hacen ejemplarmente su estación penitencial, ceñidos sus cuerpos con el hábito franciscano y vestidas sus almas con el espíritu de humildad. de paz y de bien del pobre de Asís.

No tendría el mismo significado para los que expectantes bajo los naranjos



en flor del Barrio de San Vicente contemplen la figura abatida del Cristo de las Penas, caído bajo el peso de una Cruz que es rica y hermosa porque lo que en Ella se produjo, trajo a los hombres la riqueza infinita de la Redención y la hermosura suprema del Amor de Cristo, si los miembros de su Cofradía no hiciesen durante el ejercicio penitencial, renuncia total de sí mismos.

Ni el Cristo de la Caridad nos llenaría con la suave languidez de su sueño, si los cofrades de Santa Marta no convirtiesen sus corazones en el más limpio y nuevo Sepulcro para el que todo lo dio.

Ni a la Hermandad de la Sagrada Mortaja le bastaría la proporción y belleza perfecta de su Misterio, ni la acabada riqueza del más puro arte cofrade de sus insignias para conquistarnos por entero, si los hombres que visten la túnica morada y negra, no se hicieran en su ejemplar ascética, sudarios vivos del Cuerpo exangüe de Jesús Descendido.

Ni la quietud dulcísima y total del Cristo de la Buena Muerte convertiría a toda Sevilla en cátedra de la Verdad y de la Vida, si los cofrades universitarios, bien aprendida la lección suprema, no la impartieran silenciosa y quedamente en la noche del Martes Santo inigualable.

Ni el amanecer del Viernes nos traería en la luz violeta de la calle Zaragoza, que baña la impresionante expresión cadavérica del Cristo del Calvario, toda la inagotable fuente de meditación del Misterio de la Muerte de Cristo, si los nazarenos que dan guardia y cortejo a su figura no muriesen por unas horas a la vida material, para vivir con plenitud bajo la negrura de la túnica las más ricas esencias del espíritu.

Ni la Hermandad que, presentando a Jesús Nazareno, abrazado amorosamente a la Cruz Redentora podría ostentar con legítimo orgullo, la dignidad de ser Madre y Maestra de las Cofradías y Gloria de los Nazarenos de Sevilla, si los suyos no hubiesen sido consecuentes con el ánimo arrebatado en fervores al Salvador y a la Madre Concebida sin Mancha de sus antepasados, haciendo de su tránsito, el más perfecto, el más acabado, el más absoluto y ejemplar Silencio bajo la obscura bóveda de la noche sin par de Sevilla.



EL RESPETO A LA TUNICA DEL NAZARENO

Por eso tiene tanta importancia el hecho de vestir la túnica; porque además de recaer sobre nosotros la responsabilidad de respetarla en sí misma, como visible instrumento de nuestro deber de apostolado, hemos de reverenciar en ella a las generaciones de cofrades que, precediéndonos con el signo de la Fe, la vistieron con veneración y dignidad y en ella nos transmitieron su ejemplo y su amor.

¿QUE LE PIDE DIOS A LAS COFRADIAS?

No se trata de repetir por inercia o por costumbre, la conmemoración de un suceso.

Se trata de asentar en el mundo, en los corazones de todos los hombres, el Reino de Cristo, dirigiendo sus miradas y orientando sus conciencias hacia los grandes Misterios de la Redención.

Y en este sentido, único verdadero de nuestras Cofradías, éstas no han terminado su misión; antes bien, puede decirse que les queda mucho por hacer.

No podrá decirse que las Hermandades hayan terminado ese quehacer, hasta que, llenando a todos con su peculiar modo de evangelización y con su testimonio, hagan que todos seamos "uno en Cristo".

Y es que si Dios, después de cinco siglos, quiere mantener en la Sevilla de hoy, en este mundo de pérdida de valores trascendentes, a las Cofradías, es, tiene que ser, porque espera algo grande e importante de ellas.

Los cofrades de Sevilla, tenemos la seria obligación de saber con toda certeza, qué le pide Dios a nuestras Instituciones y a nosotros.

Hemos de convencernos de que no estamos en ellas por casualidad, sino porque el Señor nos ha puesto allí para que hagamos algo y algo capital.



PALABRA, LITURGIA Y CARIDAD: TRES CLAVES EN LA VIDA DEL COFRADE

Y para ello, el cofrade debe sentirse y saberse un esforzado de la Fe, un mensajero de la Esperanza, un instaurador de la Caridad.

Debe sentirse y saberse llamado a ser un verdadero apóstol de Cristo; por eso, deberá atender cada día más a su formación evangélica, procurando ahondar en el conocimiento de la palabra de Jesús.

Mal podremos evangelizar, si no nos evangelizamos a nosotros mismos.

El cofrade necesitará siempre, para expresar en su vida y manifestar a todos el Misterio del Redentor, vivir la Liturgia como instrumento por medio del cual, cada día se ejerce la Obra de la Redención, como fuente primera y más necesaria del espíritu cristiano.

Y en este sentido las Hermandades serían contrarias a su propia esencia si no velaran, con la mayor energía, con el más abnegado celo, por la pureza y magnificencia de sus cultos.

Y el cofrade deberá procurar siempre la Caridad fraterna que a todos nos urge, para que cada día podamos llamarnos con más propiedad verdaderamente hermanos.

LA JUVENTUD: ESPERANZA DEL FUTURO

Pero si las Cofradías son necesarias, si su labor futura es inmensa, si su misión ha de prolongarse durante muchas generaciones, es inevitable volver la mirada a un sector muy importante de las mismas, a la juventud.

Esa juventud cofrade que voluntariamente consagra lo mejor y más granado de su vida, dejándoselo en la Hermandad de sus amores.

Esa juventud que se afana a diario en buscar la más pura autenticidad de los valores cofrades; que es digna de admiración y respeto, porque contrasta fuertemente con esa otra juventud que todos conocemos, ajena a los valores del espíritu y sumida en el materialismo.



Esa juventud, sincera y generosa, que entregará en el seno de su Hermandad lo mejor de sus virtudes; que asumirá responsablemente. puestos y cargos que conllevan sacrificios y renunciaciones de muchas cosas.

Esa juventud que es sangre nueva, refuerzo de ilusión, sonrisa esperanzada y aliento para sus mayores.

Esa juventud que, al pregonero le consta, arrostra con valentía poco conocida, la ironía, cuando no, la burla cruel de los compañeros de aula o de taller, sin esperar que nadie le aplauda por ello.

Esa juventud que acusa en lo más hondo de su ser y siente como propio, todo cuanto a su Hermandad le ocurra.

Que se aferra a su Cristo y a su Virgen como inapreciables tesoros de religiosidad.

Que bulle inquieta y alegre en la vida, y que por ser y manifestarse cofrade, lleva hasta el corazón y el alma misma de sus padres. la consolada certeza de saber a los hijos en el camino cierto.

Esa juventud, en fin, que, por amor a Cristo. se oculta con seriedad y con júbilo tras la túnica nazarena.

Mas no toda esa numerosa fuerza juvenil que se incorpora con creciente intensidad y más ardoroso afán de participación a las Cofradías, puede representar, y me es doloroso decirlo. esperanzadas perspectivas para el futuro de las mismas.

Los jóvenes cofrades, para ser considerados cimiento fuerte y seguro del mañana, hemos de tender sí, una mano hacia el futuro, pero debemos sujetarnos firmes con la otra al ayer.

Sólo ese joven que quiera comprender que no estaría hoy en las Cofradías. si no hubieran estado antes sus mayores. podrá estar capacitado para, a su vez, cuando le llegue la hora, transmitir las a quienes le sucedan.

LA TRADICION



Todos los jóvenes hemos de tener conciencia clara de lo que es tradición. para saber construir la progresiva y nunca suficiente perfección de las Hermandades.

El respeto a la tradición de nuestras Instituciones es vital, y al decir tradición no quiero significar cúmulo de leyes derogadas, de viejas costumbres sin validez práctica o nido de ritos empolvados.

Al decir tradición, no digo inmovilismo. Inoperancia o miedo ante la evolución y los cambios que sean realmente necesarios.

Al decir tradición, no estoy recurriendo a la queja melancólica de que, cualquier tiempo pasado fue mejor.

Todo eso es falso y erróneo concepto de la misma.

Cuando hablo de tradición me refiero al "hecho de que hay cosas que tienen un mensaje para el hombre de todos los tiempos. cosas que nunca pueden envejecer en virtud del valor que poseen en sí mismas y en virtud de su verdad".

Si prescindiéramos de nuestro pasado, si suprimiésemos todo el incalculable tesoro de religiosidad y experiencia que nuestros antecesores acumularon con sus vidas, estaríamos dictando la sentencia de muerte de esta centenaria Sevilla del espíritu a que antes me referí.

Los jóvenes tenemos que comprender que las Cofradías, nacieron del carácter acendradamente cristiano de los sevillanos de pasados siglos; que se multiplicaron y se hicieron más perfectas gracias a la constante labor de los que construyeron y profundizaron sobre lo que, a su vez, habían recibido. y que así constituyen para nosotros, el ancla que nos asegura en la Verdad de siempre y nos da fuerzas para proyectarnos al futuro.

Los jóvenes debemos. tenemos que comprender que, en espíritu católico de comunión, los cofrades de hoy somos "contemporáneos" de todos los cofrades que nos precedieron y de los que mañana ocuparán nuestro lugar.



LAS DOS JUVENTUDES DE LAS COFRADÍAS

Pero, además, la juventud para servir de Esperanza a las Cofradías. ha de tener un claro conocimiento de la naturaleza de éstas y del objeto que les es propio.

Y sobre todo saber que no constituye un grupo aparte; que el valor de lo juvenil es puramente temporal, mientras que la Fe, el fervor, el amor a unos titulares, la atracción que sobre el sentimiento ejerce el modo de ser y de hacer de la Cofradía, es algo que nos iguala a todos.

Jóvenes y mayores debemos formar siempre un único grupo humano, con los mismos anhelos, con el mismo amor a Cristo y a María. bajo la ley suprema de la Caridad fraterna y sometidos a la disciplina de unas mismas Reglas.

Lo contrario será crear, se quiera o no, partidismos que, si deben ser evitados por todos, no pueden tener disculpas en ánimos que, para llamarnos realmente jóvenes, debemos ser abiertos. generosos, humildes, buscadores incansables de la autenticidad, respetuosos con el ayer, esperanzados en el mañana y ciegamente encendidos en el Amor.

Sólo esa íntima convivencia, no violada por grupos dentro de una misma Hermandad, hará posible esa intercomunicación anímica en la que los jóvenes nos veamos enriquecidos con las experiencias de los mayores y éstos, profundamente rejuvenecidos por la alegría ilusionada que sólo la juventud puede dar.

El pregonero conoce bien a toda esa juventud cofrade; ha vivido codo a codo con ella muchas horas de su vida y quiere en este momento decirle a esa que sabe, o al menos pretende llegar a saber, qué es la Hermandad, hacia dónde tiene que marchar y cómo debe hacerlo que, en ella está verdaderamente el futuro de las Cofradías; que persevere en su ilusión y en su esfuerzo. en la absoluta certeza de que Dios se lo pagará al ciento por uno.

Pero a esa otra juventud que no sabe, ni le interesa saber en verdad, qué son las Hermandades. a esa juventud que pretende cambiarlo todo, que menosprecia, ignora o segrega a sus mayores, que quisiera ver a las Hermandades convertidas en lo que no son y caminar hacia lo que no es su



destino y su fin, sólo puedo rogarle que tenga la Caridad de escoger otro camino y dejar a las Cofradías marchar en paz por el suyo.

MARIA, NUESTRO MODELO

Mayores y jóvenes, jóvenes y mayores, todos unidos en la Fe, viviendo la palabra de Cristo, participando con profundidad en la Liturgia, acudiendo al imprescindible Banquete Eucarístico que es verdadero alimento del alma y haciendo reinar cada día mejor, la Caridad entre hermanos.

Pero en esta magna labor no estaremos solos, tendremos la compañía, la guía constante y segura, el Refugio firmísimo de María.

Ella constituyó siempre, para el sevillano de todos los tiempos y debe constituir para nosotros hoy, lo que es para la Iglesia, el modelo perfectísimo al cual nos debemos dirigir en constante aspiración.

ESPIRITU MARIANO DEL COFRADE

¡Qué bien supo el sevillano percatarse de que Ella era su modelo!

Y lo supo y lo sabe hoy, porque con su fino sentido, con su agudo ingenio, con su rica sensibilidad, se caló hasta muy hondo de las esencias y privilegios de la Madre.

Sólo un ser que hubiese sabido penetrarse de María, de la firmeza de su Fe, de su significado de suprema Esperanza, de su perfecta vivencia del Amor, de su obediencia total, de su humildad sin límite, de su paciencia inmensa, de su mansedumbre absoluta, pudo ser capaz de dar a luz la creación más perfecta que en Sevilla se hiciera jamás: el paso de palio.



EL SIMBOLISMO DEL PASO DE PALIO

Esa obra cuyo autor ha sido el pueblo creyente de Sevilla, tiene un valor que va mucho más allá de lo puramente estético.

Tomad un paso de palio cualquiera. Puede ser, el sevillanísimo de la Virgen del Socorro, o el azul y plata de la Virgen de la Hiniesta, o el antiguo que enmarca en la noche del Jueves el llanto caudaloso y sin gemidos de la Reina del Valle, o aquél que nos trae desde Triana, la congoja profunda de la Virgen de la Estrella.

Escoged si no, el delicado y precioso joyel que guarda la sublime expresión de la Virgen de las Aguas, o el que le hicieron con mil sacrificios a la de Guadalupe, o aquél tan grácil y pequeño. que se achica milagrosamente entre suspiros contenidos, para que la Madre de los Desamparados salve la estrechez de la ojiva, mientras sus varales bordan con primores de esfuerzo costaleros, el aire de la tarde en San Esteban.

Admirad si así lo preferís, la gracia sutil del que es escabel para la Virgen del Dulce Nombre, o el garboso vaivén del que cobija a la que es Gracia y Esperanza en San Roque.

Contemplad la austeridad del palio de la Carretería o la sobria rectitud de líneas de aquel en donde se mostró tantos años la carita pequeña y morena de la Virgen del Mayor Dolor y Traspaso, o el que pone besos de plata para el dolor de la Madre del Rosario.

Mirad desde vuestro interior de sevillanos el de la Virgen del Subterráneo, donde la luz se hace pañuelo para enjugar las Lágrimas de María, o el trono plateado de la Candelaria, o el ascua dorada que alumbra en fulgores a la Madre del Loreto, o rendiros ante la armonía prodigiosa que, queda velada por la indescriptible expresión de pena sin llanto de la Virgen de la Amargura.

En cualquiera podréis comprobar que existe una impensable riqueza de símbolos, que hablan de la profundidad del Marianismo de esta Sevilla venturosa.

Y así es. Un buen día, el sevillano creyó firmemente que María fue Concebida Sin Pecado Original y subrayó con voto de sangre esta inquebrantable creencia; y para expresar que en Ella se daban tales esencias, que la despegaban del común de los hombres, aun siendo criatura humana, la elevó sobre el paso



para mostrarla así a todos.

Pero hizo más; colocó bajo sus plantas un rico pedestal y los sevillanos mismos, emulando a aquellos ángeles que la subieron en cuerpo y alma a los Cielos, se hicieron y se hacen hoy, peana viva de corazones vibrantes.

Ciñó sus sienes con singular corona que la proclama Reina de los Cielos y de la Tierra.

E identificándose con San Juan al pie de la Cruz, en ese momento en que Cristo dice: "Mujer ahí tienes a Tu Hijo; Hijo ahí tienes a Tu Madre", quiso hacer a su modo lo que el Evangelista nos relata:

"Y desde entonces el Discípulo la recibió en su casa". Es decir, la recibió bajo su propio techo.

Y el sevillano, derrochador de amores a María, no se contentó con recibirla en lo más hondo de su corazón, ni con entronizarla en su hogar; quiso hacer más, quiso recibirla bajo un techo ideado sólo para Ella, creado con exquisita delicadeza, con inmenso cariño y creó el palio que, simboliza y viene a expresar en lenguaje de sensibilidad sevillana que, como a Nuestra Madre y Señora la hemos recibido al pie de la Cruz.

Para mantener ese palio que proclama su Maternidad Espiritual sobre nosotros y su Maternidad Divina, origen y fundamento de todos los privilegios que Dios concedió a la Señora, colocó doce varales, altos, esbeltos y fuertes, que expresarán la firmeza y la constancia de este pueblo en defender, durante siglos, las excelencias de la Madre.

Puso a sus plantas el ascua de la candelería en la que están representados todos los corazones de todas las generaciones de sevillanos que vivieron y murieron consumidos en su Amor.

Y aderezó con desvelado esmero, las flores más fragantes. entregándole en ellas el preciado perfume de sus virtudes.

El manto lo hizo largo y amplísimo, porque supo ayer y sabe hoy que, amplio e inmenso, es el Amparo y el Refugio que en María tiene.

Y para completar la obra, para no perder el rumbo que Ella nos marca en nuestro caminar hacia Cristo, puso candelabros de cola, que nos hablan con su luz dulce y trémula, de esa otra Luz maravillosa que María deja en las almas al



pasar.

Y esto lo hizo con agudo sentido de proporción. lo dotó de insospechada armonía y lo roció con la gracia inefable de Sevilla.

UNOS HIJOS QUE NO PUEDEN OFENDERLA

Unos hijos que así cantan su Marianismo exaltado.

Que se hacen callada promesa ante la Virgen de las Mercedes.

Que guardan su más tierno requiebro para la que con Angustias reina en el corazón de una raza morena.

Que no encontrarán palabras suficientes para alabar la hermosura del más puro clasicismo de la Virgen de la Victoria, que se encuentran a sí mismos al verse reflejados en el mirar frente a frente de la Virgen de Montserrat, o se elevan hasta los Cielos en la transida faz de la Virgen de los Dolores.

Que en la noche del Martes, acudirán ansiosos a encontrar el llanto amargo y sin consuelo de la Madre de la Encarnación.

Y que exultará de gozo ante la Esperanza Trianera que, en la gran Madrugada, vendrá a traernos el alivio de su honda belleza, ancla segura del Barrio que, en su delirio filial, se hace eco de su gracia y su donaire.

Unos hijos que así te aman y así te ensalzan, sólo pueden ofrecerte corazones rendidos, pero nunca olvido ni ofensas.

Por eso Señora, el pregonero quiere asegurarte, como ya lo hiciera en otra ocasión, con los pobres pero sentidos versos que brotan de su alma de cofrade que:

*"Si alguien te ofende o te olvida,
Reina del Bendito Amor,
yo te juro Bella Flor,*



*Limpia de toda mancilla,
que ese nunca pudo ser
un cofrade de Sevilla".*

LA "SALVE" MACARENA

Y para comprender en su verdadera dimensión el cariño a la Madre que bajo el cielo de Sevilla se desborda, habrá que acudir a uno de esos momentos íntimos de nuestra Semana Pasional.

Permitidme que os lleve de mi mano ante la Virgen de Sevilla, en la mañana del Viernes Santo.

El sol habrá trepado presuroso hasta lo más alto, para esconderse tras el palio de la gracia indecible.

Atrás quedaron las horas, en que la Virgen Macarena, cruzó las calles, recibiendo las súplicas de sus gentes.

En la puerta de la Basílica que el amor de los más suyos le consagrara, quedará prendido el último verso de la última saeta. quebrada con aires de despedida bajo la luz radiante.

Las puertas se cerrarán y fuera, la multitud. se dispersará llevando en las almas un tesoro de emocionada alegría.

Y allí dentro, cuando aún resuena el eco del último "ahí quedó".

Cuando la candelería conserve aún el delicado movimiento que le dio brisa y las airosas bambalinas mantengan el imperceptible vaivén de la última "chicotá"

Cuando entre los varales haya quedado dormido un lejano rumor de oraciones, los macarenos. todos los macarenos. los que aún deben hacer penitencia y los que. envueltas sus almas generosas con las blancas capas, para pasearlas alegres por los caminos del Cielo, se fueron, llevando entre sus manos quizá un cirio blanco y verde, quizá una pequeña varita plateada, postrados ante



la singular belleza de la Virgen única, entonarán con la más viva emoción, poniendo en cada palabra su amor eterno, la oración más sevillana que jamás pudiera pensarse.

Esa Salve, cuyos acentos resonarán por siempre en el recuerdo de los que la hayan rezado y vivido en tan indescriptible momento.

Esa Salve, que al término de la estación, hace olvidar el cansancio y traslada todo el ser a un mundo distinto.

Esa Salve final, que no es despedida. sino promesa a la Señora, a la Bendita Virgen Macarena, cuando le suplica que vuelva a nosotros, a todos los hombres y mujeres de Sevilla, sus ojos de infinita misericordia. sus ojos llenos de ternura, porque Ella es y será siempre Nuestra Vida que se refleja en el rictus amargo de su llanto, en lo perdido de su mirada llena de misterio; Ella será siempre Nuestra Dulzura, hecha pura caricia en esas manos que recogieron el beso de las almas; Ella será en fin, con su gracia inigualable, con su sonrisa que nadie puede explicar, la más segura, la más dichosa, rotunda y perenne Esperanza Nuestra.

OFRENDA DEL PREGON

Y ahora que el pregonero está próximo a volver la última página de su Pregón, dejadle que, haciendo enteramente suya una pequeña parte del mismo, cumpla gustoso con un deber de hijo.

Dejadle reconocer públicamente que, nunca hubiese llegado a este lugar si Dios no le hubiera regalado con el don sin precio de la Fe, haciéndole abrir sus ojos a la luz en el Barrio sevillano y entrañable de San Bartolomé y en el seno de un hogar cofrade.

Dejadle decir que, su corazón nunca hubiese vibrado de emoción y de fervor, si no hubiese tenido el magisterio de aquel gran cofrade que supo enseñarle, en el libro inverosímil de las Cofradías, el rumbo cierto hacia el puerto de la Salvación.

Aquel hombre que, predicándole con su ejemplo, supo, como tantos padres sevillanos, iniciarle a la vida cofrade, en su Hermandad de San Esteban, al



abrigo de la clámide del Señor de la Salud y Buen Viaje y bajo la serena mirada de la Virgen de los Desamparados.

Dejadle que, en la ausencia física de ese padre, se dirija a la persona que compartió con él en cada instante la tarea de formar a los hijos en la Fe de Cristo.

Yo quiero que seas tú, madre mía, la que recojas, con el mismo cariño que siempre pusiste en enseñarnos a rezar a mis hermanos y a mí, la humilde oración de este Pregón y enriquecida con tus rezos diarios, la deposites en las manos de esa Virgen bonita a cuyas plantas crecí.

La deposites, sí, en prueba de que esa Fe que en mi alma sembrasteis. no ha muerto; como promesa de que, en unión de la mujer que mañana deberá seguir tus pasos en la creación de un nuevo hogar cofrade. pondré toda mi vida en transmitir a quienes me sucedan, el mismo amor a Cristo. a María y a Sevilla.

ORACION FINAL

Pero ya resuenan. en el pavimento de las callejas de esa Jerusalén que los cofrades llevamos dentro, los pasos presurosos de la Borriquilla.

Ya se oyen en el laberinto de nuestra ilusión, los ecos atronadores del Hosanna.

¡¡Ya viene el Señor!!

Más, antes de que las palmas se tiendan para alfombrar el paso de Jesús. Antes de que la multitud le aclame jubilosa.

Antes de que a Jesús le haya llegado la hora terrible, un cofrade, meterá su hombro bajo la Cruz de Cristo y se la arrebatará; con sus pobres e indignas manos, amarrará las manos que tienen toda la Potestad y todo el Imperio.

Y el Señor del Gran Poder, despojado de su Cruz, atadas sus manos, inclinada su figura, se convertirá en el Señor de la Gran Mansedumbre, en el Cordero Humilde que así se dispone al Sacrificio.

Pero Jesús, antes de echar a andar con su zancada valiente, antes de volver a cargar con el madero, querrá quedarse así, sumiso y entregado, en gesto de



infinita Paciencia y de Misericordia infinita, para recibir en sus manos atadas el beso de la Sevilla que le adora.

Así se quedará, antes de ascender al Calvario de su paso, para que tú y yo, cofrade. sintamos en el rostro el anhélito vivificador de su penoso jadear; para que tú y yo, cofrade, le miremos cara a cara y leamos en sus ojos lo que Cristo estará siempre dispuesto a hacer por nosotros; pero también, para que tú y yo, cofrade. le digamos frente a frente. con la voz de nuestro corazón, lo que nosotros estemos dispuestos a hacer por El, pase lo que pase.

Y ante ese Señor de la Gran Mansedumbre, ante ese Varón de Dolores, Siervo Atormentado de Dios, ante ese Cristo Bendito del Gran Poder, el pregonero quiere decir y suplicar, con el último eco de su voz, con el acento cansado de su última palabra...

*¡¡Señor, Sevilla cree en Ti,
pero, aumenta su Fe!!*

HE DICHO



